

La palabra en-carnada¹

Una experiencia transcurre en el cuerpo, conmueve, arrebatada, hace hablar. Produce una dicción que modifica la manera de relacionarse con la palabra. ¿Hablar de experiencia es poder encontrar aquellas marcas que tallaron?

Sólo puedo escribir aquello que hizo vivencia en mí. Ejercicio de lectura que escribe letras.

Esta, no es una experiencia pura sino estructurada por la relación analítica, o mejor dicho, por el artificio de la transferencia.

Es dentro del psicoanálisis que ubico La Palabra. Su función. Función del sujeto en el campo del lenguaje.

¿Qué es la palabra? En el seminario de Las Psicosis, Lacan asume esta pregunta y su respuesta: “La palabra es hablar al otro. Es hacer hablar al otro en cuanto tal”². Dice: “¿Sólo esto distingue la palabra? A lo mejor, pero seguro que tiene otra característica: No solo habla al otro, habla también del otro en tanto objeto, de esto se trata cuando un sujeto habla de él”³. Aquí Lacan aproxima a pensar las dimensiones de la palabra, tomando a una paranoica con el ejemplo de *galopinar*. Nos cuenta que le tomó hora y media sacarle su *galopinar* y que durante ese tiempo lo tuvo en jaque, mostrándose sana de espíritu. Estaba en el límite de lo que puede ser percibido clínicamente como delirio. “Se basa en que ella le habla al otro, que es capaz de burlarse de él. En esta medida existe como sujeto”⁴.

Para situar la palabra remite a la clínica con psicosis y para pensar la psicosis introduce que es la palabra en una paciente que Lacan escuchó ,en su dispositivo analítico de presentación de enfermos donde la transferencia se efectúa, en el armado de una escena. Se escucha la insistencia en transmitir esa posición política en torno a la psicosis, la apuesta de darle estatuto a su decir... En un nivel, palabras que intentan engatusar y en otro un testimonio, que nos lleva a su *galopinar*, donde el sentido estalla y la certeza se asoma pero en esas letras vamos encontrando ese hablar del otro, que es el sujeto mismo anunciando su verdad.

¿Qué de la psicosis lo lleva a pensar en la palabra? En su libro “La invención psicótica de la transferencia” Ernesto Vetere aclara: “Las psicosis nos ofrecen un cabal testimonio de esa verdad de estructura acentuada muy tempranamente por Lacan... (...) “el inconsciente es el discurso del Otro... (...) Somos hablados por el Otro”⁵. Cita a Beckett en *El innombrable*: “Soy palabras, estoy hecho de palabras, de palabras de los demás”⁶. Pero no todos sentimos esa intrusión lenguajera. No es lo mismo el parásito del lenguaje cuando al Otro algo le falta, que un Decir que nada ahueque. Entonces, ¿cómo pensar la función de la palabra en estos analizantes donde no hay lugar para ello? La palabra viene del Otro. Una Palabra dicha que sea interdicta, posibilitadora para que el sujeto encuentre la suya. Para que se constituya como tal tiene que ser escuchada. En estas presentaciones nos encontramos con ese Otro espeso acosando con su palabra compacta que no finge fingir. Uno habla como fue escuchado,

¹ Escrito presentado en la biblioteca nacional Mariano Moreno/ Auditorio Jorge Luis Borges.C.A.B.A.- Con motivo de las Jornadas de trabajo: “La experiencia del Psicoanálisis. Función de la palabra.” Organizadas por la comisión de enlace regional de Argentina y Uruguay (Cerau). El 13 de abril del 2018.

² Jacques Lacan: Seminario III: Las Psicosis, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1984, pág. 59

³ Ibid., pág. 59

⁴ Ibid., pag 60

⁵ Ernesto Vetere:” La invención psicótica de la transferencia “ , Ed. Lazos, Buenos Aires, 2014, pág. 169

⁶ Ibid., pág. 169

podríamos decir. Una mujer manifiesta en su análisis que su madre le mandaba todos los domingos un mensaje: *¿Van a venir al asadito?*, todos los domingos el mismo mensaje; preguntándose: *¿nunca dudaba?* En otro momento signaba que los otros hablaban con su tono de verdad: *-¡A veces necesito que duden un poco de lo que dicen!*. Una palabra que dude, que cubra ese real con el enlace necesario del amor y el deseo. Que diga sin decir, que mienta, que represente, que nombre.

Sin su cubierta simbólica, la plenitud del sentido acecha, no hay verdad por detrás. Hay tan poca, que el sujeto mismo no le atribuye verdad alguna, se encuentra con la perplejidad. Diría tanto del sujeto mismo como también del analista ante la imposibilidad de su interrogación.

El sujeto no recibe su mensaje en forma invertida del Otro. Ese Otro de lo simbólico se encuentra excluido en la palabra delirante. El sujeto recibe su propio mensaje desde lo real. Sin ese médium que es la palabra.

El Otro aparece como voces en lo real de las cuales no puede sustraerse y no puede sustraerse porque no puede componer los significantes del Otro para hacer su propia palabra: aquí sigo a Isidoro Vegh con su aforismo: "Se trata de la Función de la palabra del Sujeto en el Campo del lenguaje del Otro".

Entonces ¿Cuál es el camino que como analistas podemos trazar en este decir?, ¿cómo procedemos para posibilitar la palabra?, ¿se posibilita? "Se deshace con la palabra lo que está hecho con la palabra", frase que es digna de belleza. Pero en el análisis con la psicosis parafraseando me interrogo ¿Se hace con palabras lo que no tuvo lugar de palabra?

La muerte sorpresiva de su marido ocasionó su derrumbe. Un día le avisan que tuvo un accidente y murió de manera inmediata. Su marido posibilitaba su anudamiento. Adherencia que en su ausencia la deja sin lugar, con la amenaza constante de su muerte subjetiva. Él le deja un trabajo en el mismo ámbito laboral, como parte de la indemnización. Ella no se siente en condiciones de tomarlo. Aparecen sus ideas delirantes: Sus compañeros se burlaban. Dice: "Encontré una foto de mi marido con un nene. Él tenía otro hijo con una mujer". Todos se burlaban porque lo sabían. Aparecía otra mujer, otro niño y ella caída. Y con ello la invasión: De su hermana, con la amenaza de ocupar el lugar con su hijo. De su madre que dispone de su hogar, le cambia las cosas de la casa. Junta cosas de la calle y se las lleva. Antes el límite lo ponía el marido. Llega la inundación y con ello siente olor a gas por todos lados, toda la ciudad invadida. La gente ríe *jajaja*. Una foto de su hijo en la iglesia. Pasó mucha agua bajo el puente: Internación, preocupación, análisis de control, análisis personal. La ausencia de su marido comenzó a emerger. Y no sorpresivamente, se hizo oír una letra que ya estaba moviéndose en la transferencia: *Viuda*, un nombre que vecinaba un lugar posible junto a un Hombre, aún muerto. El nombre *viuda* caza ese real permitiendo que ella no se diluya en lo imaginario. Y relanza su vida: Pide un pase en su trabajo por ser la viuda de x, comienza a disfrutar de ocuparse de su hijo, ya vivir con su hermana le incomoda.

Un día viene su madre como de costumbre con la idea de instalarse en su casa. Ella le dice que tiene que salir y cerrar la puerta con llave.

Es en transferencia donde se engendra Otra cosa. Aquí vale el decir de Lacan que en la transferencia hay algo creador. Se instituyó un nuevo lugar, ya no en la basura del Otro sino que desde allí puede enhebrar su palabra y cuestionarlo, impidiendo su arrasamiento. Palabra carnada que hace existir algo que antes no existía. Cuando la experiencia está anudada a la transferencia algo puede escribir.

La palabra hace su entrada, examina su función, cuando el sujeto, puede hacer algo con el lenguaje del Otro. Instrumento médium que puede decir al sujeto y del sujeto.

Decir de los psicóticos en donde se escucha interpretando, descifrando, pero no se interpreta. Un transferir en forma invertida, el analista en su papel de escriba. Transcribiendo aquello que dice ese testigo abierto de su inconsciente despejado.

Donde confiere un saber anudado al deseo de analista que lo lleva a remarcar cada letra con colores diferentes. Resalta, marca, pronuncia en voz alta, tuerce, puntúa, escucha.

“No hay Sujeto Supuesto Saber, por lo tanto la transferencia no es soportada en un solo cuerpo”⁷. Con esa frase me encontré y tuve esa suerte de sentir que la escuchaba por primera vez.

Un día cualquiera transitando un pasillo de una clínica psiquiátrica, me encuentro con un paciente que está allí hace 10 años. Con P había mantenido solo dos entrevistas, él decía que no tenía ganas de hablar. Di lugar a ello y esperé.

Me llamaba la atención ya que fue el primer paciente crónico que escuchaba, así lo llaman, el tono automatizado para expresar su padecimiento: “Tengo alucinaciones, están siempre ahí. Me dicen que me mate o mate. Pero la medicación me ayuda a que no aparezcan”.

Pero ese día, lo saludo y pide hablar. Me dice nuevamente que escucha las voces, con más fuerza. Que le dicen que mate a las viejitas. O que se mate. Le pregunto si en estos días le pasó algo diferente. “Sí, es el aniversario de la muerte de mi mamá”. Él reconocía a su madre como quien lo había cuidado, a diferencia de su padre “el cuchillero” que lo invitaba desde niño a tomar alcohol, enseñándole a dar combate en los bares. La madre era quien lo cambiaba y limpiaba cuando P. ya adulto venía borracho y herido de bar en bar. No sabía muy bien qué decir, traté de ofrecer otra lectura con sus letras: Al “cuchillero” (Él había matado a un hombre con un cuchillo). Hago lugar al dolor por la pérdida de su madre. Pero escuchaba que la irrupción de un real aparecía y la palabra no hacía mella. Y recordé que alguien me había dicho que P en otro tiempo escribía cuentos, lo convoqué a ello. A que escriba.

En principio trae un cuento autobiográfico, donde recorta para mi sorpresa, su carrera de panadero. El trabajo en una panadería 12 años al lado de un hombre. Quien le curaba las heridas. Y le enseñaba ese oficio. Años atrás se escapó de la clínica y consiguió en ese escape un trabajo en una panadería.

Cuando trasmito a quien dirige su tratamiento psiquiátrico la idea de agenciar un espacio para él de panadería, pensar qué se puede armar. Dice “No lo movilices”, “¿Qué sería movilizarlo?”, pregunto. “Que si se acuerda de cuando fue panadero, después se va a acordar cuando mató”. “No lo movilices, es *Hola que tal, cómo va y ya está*”.

¿Cómo seguir luego de la aplanadora del deseo? Pensando que en esta clínica es el deseo del analista que moviliza la búsqueda, transfiriendo allí.

Me encuentro con P, quien había traído un cuento sobre sus días de panadero con algunos de sus secretos.

⁷ José A. Zuberger: Lo que la práctica del psicoanálisis nos enseña, Ed. Letra viva, Buenos Aires, 2016, pág. 109.

Pero en la escena no había espacio real para que él empiece a desplegar sus harinas. Ni tampoco un discurso que acompañe un saber hacer.

Lo convoco a que sus cuentos sigan escribiendo. Cada vez iban velando con su función representativa aquello que lo agobiaba. Pero un buen día, no vinieron más. Ni él, ni sus cuentos.

Más allá de las peculiaridades del caso. Algo pasó o mejor dicho no pasó. En esta empresa el sujeto se encuentra forcluido y esto tiene efectos en los distintos agentes que llevan adelante el cotidiano como en el sujeto mismo. La sustancia farmacológica aquí nos lleva la delantera.

Me encuentro nuevamente con la psiquiatra: “Lo que pasa es que P tiene mucha medicación y si se desestabiliza no sé ya qué darle”. Bueno, en principio podríamos alegrarnos al decir, algo de su falta se pone en juego. Pero eso no hace al discurso que nos ocupa. Lo que se deja escuchar en la enunciación es el poder del saber médico que no logra transferir a otros. Es el fármaco o su límite.

Donde encuentro el mío.

El desenlace transferencial con el el discurso del sujeto se pone en acto una y otra vez. Produciendo de este modo máquinas con palabras.

Florencia Vera.